

Educación y democracia

ESTANISLAO ZULETA,

CORPORACION TERCER MILENIO, BOGOTA, 1995.

A muy pocas personalidades intelectuales les cabe hoy en día el título de **pensador**. En nuestro país contemporáneo este apelativo le cabía paradigmáticamente a Estanislao Zuleta (1935-1990). El pensador es aquel hombre de espíritu preocupado por los grandes y genuinos problemas de la sociedad y del individuo, por el sentido de la vida, por el destino y la responsabilidad del individuo en sociedad, por las características y conflictos del vínculo del ser humano con la naturaleza y consigo mismo. Es el maestro que propone nuevos criterios de valoración y pautas de acción aproximativos y polémicos sobre lo legítimo e ilegítimo, lo verdadero y lo falso, lo ético y lo antiético, lo deseable y lo posible, para un conglomerado humano. Quien presupone la consecuencia entre el pensar y el hacer. Intelectuales cuyo pensamiento ha estado siempre en proceso de elaboración, haciéndose y transformándose en el vivaz diálogo con genios y eventos fundamentales de civilizaciones pretéritas y con los pensadores y procesos más

preponderantes en el mundo contemporáneo. El pensador no se deja apresar en divisiones disciplinarias, en un saber parcelado y fragmentario, se niega a ser un especialista.

Estanislao Zuleta encamó en Colombia en las últimas décadas el papel, a la vez incómodo y necesario, del pensador, habiendo planteado una crítica cultural y ética a su comunidad nacional, reivindicando la independencia hacia los poderes institucionalizados en la política, la economía y la cultura, no temiendo enfrentar las ideologías, fuera del signo que fueren, y los prejuicios. Con todo, no se quedaba en su simple denuncia, sino que analizaba las razones de su persistencia.

Filósofo se autodenominaba nuestro autor en uno de los capítulos de *Educación y Democracia*, restituyéndole a esta actividad su dimensión primigenia y universalista. De este modo respondía en una de sus últimas entrevistas:

Entiendo por filosofía la posibilidad de pensar las cosas, de hacer preguntas, de ver contradicciones.

Asumo el concepto de filosofía en un sentido muy amplio, en el sentido griego de amor a la sabiduría. Es un filósofo el hombre que quiere saber, el hombre que aspira a que el saber sea la realización de su ser; el hombre que quiere saber por qué hace algo, para qué lo hace, para quién lo hace: el hombre que tiene una exigencia de autonomía.

Como pensador, como filósofo, Estanislao Zuleta busca de modo pionero en Colombia, desde los años sesenta con la revista *Estrategia*, un foro de diálogo del marxismo con corrientes culturales contemporáneas como la novelística moderna, el psicoanálisis, el existencialismo y el estructuralismo.

Su labor fue ante todo la de un *pedagogo*, en el primigenio sentido socrático. Amaba la relación oral, dialogal, viva, con auditorios de estudiantes y personalidades de diversos estratos sociales y culturales. Ante ellos, Zuleta establecía una conversación aproximada con grandes figuras intelectuales y artísticas de la tradición occi-

dental: Platón y los filósofos y trágicos griegos, los artistas y pensadores del Renacimiento, Spinoza, Kant, los románticos, Hegel, Marx, Nietzsche, Freud, Heidegger, Sartre, Lacan, así como muchos de los grandes novelistas, poetas y pintores de la época contemporánea. Pero ese diálogo, que entablaba a la vez con su auditorio presente y con creadores de otros tiempos y latitudes, le permitía reflexionar aguda e insobornablemente sobre la realidad contemporánea, en su dimensión universal. *Educación y Democracia* recoge entrevistas, conferencias y escritos de diversas épocas, que expresan el pensamiento del autor sobre los fines de la educación, la actitud del verdadero maestro, la ética como un componente central en la relación pedagógica, la relación saber-poder, en donde Marx y Nietzsche encontraban una provocadora síntesis, para tirios y troyanos, en su pensamiento. Estanislao Zuleta era un confeso heredero de la concepción cognoscitiva y ética de la Ilustración. Como Kant, en estos textos pedagógicos Zuleta llama a una educación para la mayoría de edad, enseñar para que el alumno pueda pensar por sí mismo. Para ayudar a crear conciencias y voluntades autónomas, lúcidas y a la vez apasionadas, que puedan unir en su actuar lo que ha aparecido como una rígida antinomia: la ética de la convicción y la ética de la responsabilidad. Propugnaba por una educación antidogmática, donde cada idea debía ser argumentada racionalmente y donde los dialogantes habían de ser capaces cada uno de ponerse en el punto de vista del otro. Con ello buscaba desarrollar la

comprensión, lo cual nos remite a una posición epistemológica hoy muy influyente en las Ciencias del hombre, que Estanislao Zuleta consideraba también una condición del ciudadano para la democracia, objetivo ético-político este último que ocupó los últimos años de su vida.

La crítica de la pedagogía ha sido en sus mejores cultores crítica ética y cultural. Zuleta cuestiona en este libro el conformismo, la pasividad y la burocratización de muchos profesores en la escuela y la universidad. Establece un severo proceso a una educación intimidadora destinada a reprimir el pensamiento, la imaginación, la sensibilidad, la capacidad prospectiva y, con ello, transformadora del ser humano y, muy especialmente, del joven.

La relación pedagógica debía ser para Zuleta una relación suscitadora, seminal, donde no se considera *a priori* que uno tiene la verdad y el otro sólo va a aprender, presuponiendo que mora en el error. Su horror al dogmatismo, (que al final de su vida se expresa en su reflexión aparecida en varios libros, editados muchos de ellos después de su muerte, sobre la democracia, la violencia, los derechos humanos y la educación en Colombia), parte de una consideración sobre los abismos de represión y violación de todo derecho a los que condujeron en el siglo XX ideologías como el fascismo y el estalinismo. Los extremos de dogmatismo, intolerancia, violencia y exclusión a que llevó la imposición de un caudillo, una doctrina única y un partidopadre, que piensan por los

ciudadanos, que los organizan y les imponen metas e interpretaciones, que les confiere seguridad y una supuesta solución final a todas sus demandas y conflictos.

La ética que predicaba Zuleta, de inspiración democrática en cuanto era un llamado al individuo con prescindencia de su posición socioeconómica, ocupacional, étnica, de género, nacional o ideológica, era muy exigente por cuanto apostaba por la libertad, la autonomía, la auto-organización de la sociedad. Presuponía un ciudadano participativo, crítico, informado y responsable. Era su utopía entendida como idea organizadora y movilizadora que debía infundirse pedagógicamente, antes que imponerse por cualquier Estado, Partido o Universidad.

En esta concepción Zuleta se nutría de la crítica marxiana a la feichización de los bienes económicos y simbólicos, de la reinterpretación sociopolítica de categorías psicoanalíticas que le servían para pensar los problemas de la relación pedagógica, así como los síndromes de conformismo, la idealización colectiva y la dominación de masas en la sociedad moderna, de la exigencia nietzscheana de una transvaloración general entendida como creación de nuevos valores, al tiempo que crítica de los tradicionales, de la incansable labor devdadora y emancipatoria de la obra de arte. Pero siempre estas susdtaciones eran reelaboradas en su pensamiento, al calor de las demandas de un momento histórico, social, político y cultural. Zuleta era un pensador hijo de la "filosofía de la sospecha", de la "Era Hermenéutica", que entendía que es necesario preguntarse siempre por

quién habla y desde dónde se habla.

Aunque podríamos señalar que textos suyos como "El elogio de la dificultad" se pueden considerar como pioneros de una sensibilidad posmoderna en Colombia, con todo, no era un pensador que viviera compulsivamente a la moda. En el texto que comentamos en esta reseña crítica, no teme reivindicar el primado de la "vocación" para el maestro, construida de pasión por el saber, por enseñar, de respeto hacia el alumno, del cultivo permanente de la capacidad de asombro y de hacerse incesantemente nuevas preguntas, construyendo respuestas aproximativas siempre susceptibles de refutación o perfeccionamiento.

En sus últimos años, inmerso hasta los tuétanos como escritor, conferencista e incluso asesor de procesos cívico-políticos, en la vorágine de violencias intervincladas que han expresado una, hasta ahora, indetenible escala en nuestro país desde la década de los ochenta, Zuleta piensa la educación como un componente esencial de la construcción de una cultura y una sociedad democráticas, esto es, pacíficas y auto-organizadas. Zuleta luchaba por la educación para la tolerancia, para aceptar la diferencia reconociendo el carácter inherentemente conflictivo de la sociedad al tiempo que la necesidad de unos principios y unas normas, dotadas de legitimidad (por tanto producto de una negociación y un consenso incluyentes) que permitieran resolver pacíficamente las diferencias de interés y concepción existentes entre clases, etnias, regiones o personas. Se confrontaba así con las pretensiones militaristas y antidemocráticas de imponer una verdad unos intereses y un pro-

yecto de sociedad con el monopolio de las armas por parte de grupos paramilitares y guerrilleros. También criticaba una concepción y una práctica sociales que consideran la disponibilidad de dinero y la capacidad de consumo como los requisitos fundamentales para lograr la felicidad y la realización personal. La concepción y práctica del narcotráfico, capitalismo salvaje, sin controles jurídicos, ni éticos, "violencia sin proyecto", como la denominara Lyotard en Bogotá en 1995, halla un campo abonado en esta crisis ética, social y cultural.

Una pedagogía de la democracia era para él mucho más que dictar cursos de "educación cívica" sobre este tema. Suponía la transformación de una relación de poder que se halla en la difusión institucionalizada y codificada del saber. La creación de una relación más horizontal, dialogante, de mutuo repeto, entre profesor y alumno. La superación de los estigmas, las desvalorizaciones, el *ninguneo* del otro por razones de raza, nacionalidad, condición social o ideología. Ese reconocimiento mutuo, esa ética argumentativa, esa búsqueda de relaciones pacíficas, respetuosas (aunque no idílicas ni carentes de confrontación con los demás), constituyó en la última etapa de la vida de Estanislao Zuleta, una aspiración que luchó porque fuera internalizada por el Estado, así como por diferentes actores de la sociedad civil.

Perseguido y amenazado por unos, ignorado y objeto de burlas y descalificaciones por otros, Zuleta sabía que pensaba contra la corriente. No quiso hacer concesiones al facilismo, al mercantilismo, a la desenfrenada búsqueda de títulos académicos

(que, como señala Bourdieu, en nuestra época son un equivalente a los títulos de nobleza en tiempos anteriores), a la arrogancia tecnocrática, a la erosión ética de la convivencia ciudadana.

Pero la historia es de una ironía que a veces nos regocija con sus lecciones y su sentido retardado, pero justo, de la valoración de hombres y pensamientos. Hoy día, Estanislao Zuleta, ese pensador plebeyo, "iconoclasta, asistemático, libertario, marginal a los circuitos académicos", se constituye entre los autores más leídos y admirados por sectores significativos de nuestra juventud. Es que fue consciente de sus retos históricos, culturales y éticos, como hombre de pensamiento, audaz, rebelde, incisivo, en un aquí y ahora específicos. Habló un lenguaje descomplicado, vivaz, cotidiano, no academicista, pero se planteó problemas fundamentales de la existencia y de la sociedad. No se dejó sobornar por los cantos de sirena del apetito del poder, la figuración o el dinero. Podemos estar en desacuerdo con uno u otro de sus razonamientos, conocer sus ambigüedades, sus contradicciones, sus incertidumbres, parecemos caprichosas o insuficientemente argumentadas posiciones particulares suyas, señalarle limitaciones personales e históricas y también ignorancias, pero lo que queda en él de perdurable es la huella de un pensamiento vivo, universalista al tiempo que latinoamericano y colombiano, incitante, erudito, polémico y liberador.

JAIME EDUARDO JARAMILLO JIMÉNEZ

Sociólogo, Profesor de la Universidad Nacional